

Dedicamos este espacio al importante tema de la historiografía de la nación cubana, cuestión que desde hace algún tiempo ha alcanzado una relevancia significativa entre los investigadores cubanos, tanto de la Isla como de la diáspora. En este quehacer se han generado visiones diversas y en ocasiones contrapuestas, razón por la cual se hace necesario iniciar un diálogo entre estos académicos, con el propósito de conseguir el consenso y la síntesis necesarios que la nación reclama. Para hacerlo presentamos, en este número, el análisis de los historiadores Edelberto Leiva, destacado profesor e investigador de la cubanidad, y Mildred de la Torre Molina, historiadora e investigadora.

# Nación, nacionalidad e historiografía en Cuba

Por EDELBERTO LEIVA LAJARA

Aunque tal vez el título pueda sugerirlo, no voy a dedicar este espacio a pasar revista a los modos diversos en que la historiografía cubana ha entendido qué es nación y qué nacionalidad, o a qué período puede remitirse el inicio del proceso formativo de una u otra. Esto se ha hecho ya en varias ocasiones, y además no creo que sea un ejercicio útil al objetivo de este trabajo<sup>1</sup>. Me parece más interesante intentar aproximarnos a las interpretaciones del lugar de esa enmarañada red de realidades y representaciones que se identifica -frecuentemente con una ambigüedad indistinta que tampoco pretendo abordar- como la nación, o la nacionalidad cubanas, en el devenir histórico de la comunidad humana que habita la Isla. Esbozar una explicación de las posibles causas y referir algunos de sus efectos sobre las lecturas de

nuestra historia. Antes, sin embargo, hay algunos tópicos que no quisiera pasar por alto.

Tal vez valga la pena desde el inicio insistir en lo de las realidades y representaciones. Hoy no existen -no deberían existir- dudas acerca de que resultantes históricas como las naciones se sustentan sobre un andamiaje de complejos entramados simbólicos y mitológicos que permiten referirse a ellas, en cierto sentido, como verdaderas invenciones o creaciones. Tampoco deberían existir dudas acerca de que por muy sofisticadas que parezcan esas explicaciones también con frecuencia resultan, aunque parezca paradójico, simplificaciones de un universo difícilmente aprehensible en el que se entremezclan realidades económicas, demográficas y sociales, entre otras, con sus representaciones más o menos intelectualizadas

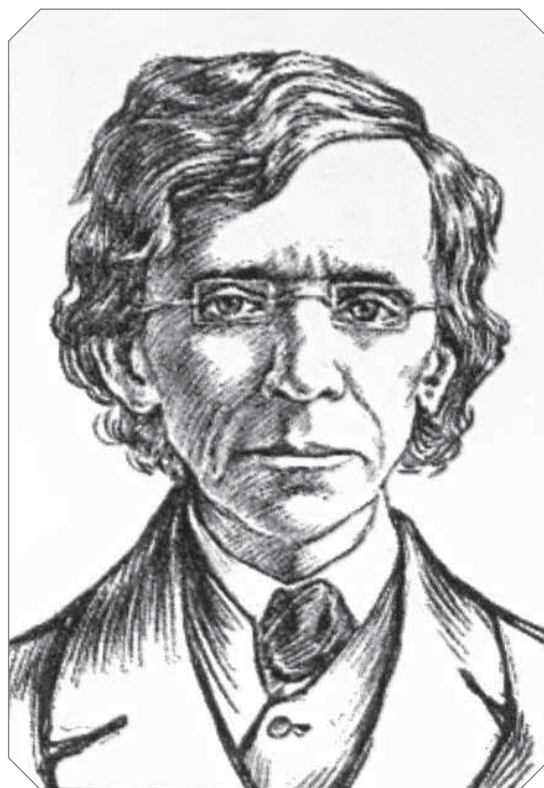
o sencillamente populares. El fenómeno histórico de las nacionalidades y las naciones también se asocia a determinados contextos internacionales de la época de formación del capitalismo y el ascenso de la burguesía, fuera de los cuales la interpretación de su origen y de los modos en que se apropia de numerosos elementos del repertorio simbólico que lo antecede, desecha otros y crea nuevos, presenta en mi opinión serias dificultades.

En el mundo colonial el panorama es muy complejo, y con frecuencia los referentes metropolitanos resultan insuficientes. Obviando la mayor parte de los problemas, al menos hay que señalar que si la modernidad europea -al menos la de la Europa que conocemos como occidental- es una referencia más a un resultado histórico que a un proyecto preconcebido, en la mayor parte

de América la modernidad deviene, diríamos casi de modo natural, pieza clave de la arquitectura de futuro de estados soberanos que nacen sobre la base de conglomerados protonacionales. La historia de la América poscolonial mostró -y muestra- la permanencia del ideal moderno como utopía, aún en la época de una supuesta modernidad superada.

La modernidad siempre en el horizonte, las nacionalidades siempre imperfectas e incompletas en sociedades heterogéneas y con frecuencia débilmente integradas, parecen haber predefinido derroteros historiográficos en los que se privilegia la identificación y (re)construcción de la formación nacional. Esta lectura se da con frecuencia en clave teleológica, es decir, como destino trascendente de una comunidad que se desenvuelve históricamente en un territorio dado, pero que -al menos en América- no posee un origen étnico común, una lengua originaria única, etc. Rasgo que tal vez explique el peso importantísimo que se le concede al factor subjetivo en la definición de los perfiles de las nacionalidades, del qué significa pertenecer a una u otra e incluso del cómo llegar a serlo.

Con sus variantes -una de tantas- ese es el caso de Cuba. Sus diferencias con respecto a procesos de la misma naturaleza en el resto de América son tantas como particulares son las condiciones de nuestra evolución insular. El período que usualmente identificamos como sociedad criolla transitó en Cuba un largo proceso que abarcó, al menos, desde la segunda mitad del siglo XVI, en que comienzan a perfilarse sus rasgos básicos, hasta las últimas décadas del siglo XVIII. En ese momento, el desarrollo de la plantación generó un proceso de profundas y aceleradas transformaciones hacia la sociedad esclavista que perduró hasta la segunda mitad del siglo XIX, atravesando varias fases en su devenir. Las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX estarían signadas en lo esencial por el despliegue, en extensión y profundidad, de un



capitalismo de tipo dependiente en el que la ruptura del nexo colonial, como momento político, no es partera, sino catalizadora de los procesos que venían teniendo lugar, al menos, desde 20 años antes. El fracaso de la República de 1902, desde este ángulo, sería una expresión política de la crisis global de ese modelo de dependencia. Su reeducción tras la caída de Machado en 1933 no logró concretar fórmulas estabilizadoras perdurables, al extremo de que menos de tres décadas después la Revolución de enero de 1959 encontró un apoyo abrumador en su proyecto de desmontaje y sustitución de las estructuras que sirvieron de base hasta entonces al ordenamiento republicano.

La presentación es muy esquemática, sin dudas, pero es un modo de esbozar las líneas más generales de la evolución histórica cubana, y pienso que resulta necesario. También lo es señalar que cada una de estas fases se acompañó de la elaboración de sistemas de referentes simbólicos, que fueron reasumidos, readecuados, rechazados o renovados con posterioridad en función de imperativos de autoafirmación política, cultural, psicológica, etc., pero siempre de naturaleza his-

tórica, y por tanto dinámica. En todo ello desempeñaron un papel importante las elaboraciones de carácter netamente histórico, así como la frecuente recurrencia de ideólogos de todo signo a la historia como fuente de legitimación de intereses y proyectos grupales, sectoriales y clasistas.

La literatura histórica que nace en Cuba en el siglo XVIII deriva de la madurez de las relaciones sociales características de la época del criollismo. Muestra, por vez primera, el resultado de un proceso de racionalización que trasciende la primitiva relación emocional con el entorno natural y social y legitima la existencia, la valía y las aspiraciones -¿proyectos?-, esencialmente, de las elites locales. Sin dudas la patria se identifica aquí con la tierra, pero una tierra que porta significados heredados, anteriores en el tiempo a la existencia propia, o lo

que es lo mismo, ya históricos. Pero no se articula a nivel insular, aunque todo parece indicar que en el siglo XVIII se había avanzado en la integración de las distintas regiones a través de un comercio generador de interdependencias que aún requieren de estudios posteriores.

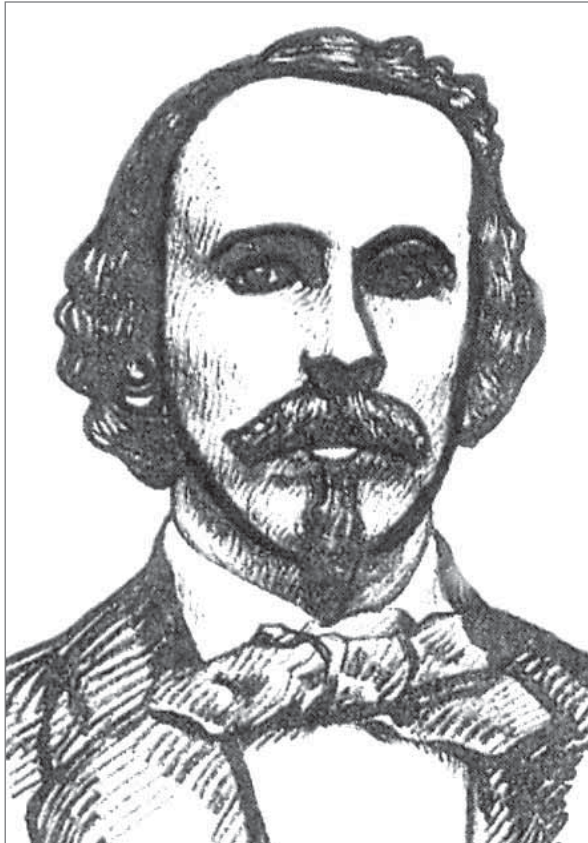
Las primeras décadas del siglo XIX son de enrevesados contrapunteos entre la tradición criolla y la modernidad deformada a la que ingresa Cuba -el occidente al menos- a galope sobre la plantación y el primer proyecto modernizador ilustrado/esclavista. La magnitud de la presión deformante sobre las estructuras del criollismo es tal que la relación de continuidad parece disolverse, en una lectura del pasado insular conscientemente promovida por la elite azucarera. Economía, composición demográfica, cultura, religiosidad, pensamiento, todo parece emanar del acto de prestidigitación originario que colocó las bases del mito historiográfico -pero también ideológico y fundacional- de los inmensos beneficios que reportó a La Habana la ocupación inglesa de 1762-1763.

**BÚSQUEDA**

Lo que sobrevive del criollismo -que es mucho más de lo que como norma se asume- se resiste, y es posible encontrar su huella todavía en los primitivos enunciados de la existencia de una nacionalidad cubana. Está presente en Saco, en del Monte, en Luz y Caballero, pero muy desfigurado ya por la influencia no sólo del medio económico y social, sino también por la "insularización" del liberalismo y los nacionalismos decimonónicos. Son elaboraciones elitistas, excluyentes, en la que la nacionalidad alberga a un número reducido de los habitantes de la Isla. Pero también descansan sobre la aprehensión vehemente del pasado, mucho más compleja intelectualmente que el presentismo azucarero. Moreno Fragnals lo comprendió así, pero de un modo exagerado, y por eso afirmó que Saco estaba anclado en el pasado, cuando en realidad su defensa de la nacionalidad por la historia es una actitud plenamente moderna. En otro estilo, la defendió sobre el mismo fundamento el Conde de Pozos Dulces años después.

No podemos hallar elaboraciones intelectuales más acabadas en torno a la nacionalidad y la nación hasta que avanzan lo suficiente los procesos de integración económica, social, cultural e incluso étnica -esta a su propio ritmo, aún incompleta a pesar de la frecuente sublimación del mestizaje como plasmación ideal de lo cubano-. El autonomismo y el independentismo, en completo divorcio en cuanto opciones políticas, confluyen en torno a la identificación de un relativamente amplio número de problemas socioeconómicos que se imponía resolver para alcanzar la ansiada modernización de la sociedad cubana, y ambos aportan a la definición de los perfiles nacionales. Yoel Cordoví lo ha demostrado de modo brillante en un libro a mi juicio poco leído. No obstante, el imaginario político cubano de finales del siglo

XIX ya identificaba abrumadoramente la solución de estos problemas con el logro de la soberanía política y el establecimiento de un status republicano, no para un futuro más o menos alejado en el tiempo como podría inferirse del ideario autonomista, sino como resultado de la liquidación inmediata del sistema colonial por medio de las armas. La opción se legitimaba por un arsenal simbólico derivado de la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita -pero



también de las numerosas expediciones de los años posteriores, fracasadas todas- colmado de ejemplos de heroísmo, entrega, sacrificio y ofrendas en sangre y vidas por un ideal patriótico moderno, que toma cuerpo político en el empeño de independencia nacional y ordenamiento republicano. Martí aprehendió excepcionalmente en su época esta realidad del universo subjetivo del cubano, y la elaboró a nivel intelectual de modo tan flexible que pudo ser retomado, desde todas las posiciones del espectro político, en las décadas posteriores. Ni el autonomismo ni el anexo-

nismo contaban con nada similar.

El ideario político y social cubano del siglo XX se obsesionó con el problema nacional en la medida que adquirió conciencia de la no realización de los pilares sobre los que se alzó: la soberanía era limitada; el ordenamiento republicano deficiente, corrupto, y para colmo de males abiertamente dictatorial en el machadato. Es la famosa frustración republicana, pero una frustración que desde los años 20 moviliza las reservas espirituales e intelectuales en busca de respuestas. Una de ellas, en el terreno historiográfico, resultó la lectura de la historia de Cuba como un movimiento inexorable hacia la concreción del ideal de la nacionalidad. Es una versión en lo esencial liberal y nacionalista, con cotas relevantes en la obra de Fernando Ortiz, de Emilio Roig, del propio Ramiro Guerra, pero tampoco ajena al conservadurismo elitista, también nacionalista, de Mañach. El modo en que la elaboraron también resulta de interés, aunque por supuesto en este trabajo solo es posible esbozar algunas ideas.

Si bien el sentido de no realización de lo cubano como concreción nacional se halla profundamente enraizado en un proceso contradictorio, no es nada sorprendente que la búsqueda historiográfica se haya expresado en buena medida como historia nacionalista, entendido que no hay nacionalismos ingenuos, sino intereses sociopolíticos y presupuestos culturales que condicionan sus diversas manifestaciones. La actitud es la misma de Saco a mediados del siglo XIX, es decir, la recurrencia al pasado para la crítica del presente y la proyección de futuro posible y deseable. Lo interesante es que en general -salvo excepciones en alguna que otra dirección, como en Guerra y Ortiz- no se dio un replanteo de la versión predominante acerca del origen y sentido de lo cubano, es de-

**BÚSQUEDA**

cir, la elaborada en el siglo XIX por la elite esclavista del occidente de la Isla y que no era, como nos hizo ver en su momento Moreno Fraguas, otra cosa que el modo en que ese grupo identificó la historia de Cuba con la suya propia y se inventó un pasado a su imagen y semejanza. Una explicación posible se halla en la limitación del nivel de investigación y análisis de las fuentes históricas, pero también en factores de orden ideopolítico que imponían perentoriedad en la búsqueda de referentes. No obstante, es contraproducente que la explicación sacarócrata perviviera prácticamente incólume en la historiografía liberal y nacionalista cubana. La única "innovación" evidente radicó en la idea de la concreción de la total soberanía nacional y de una república referida de uno u otro modo al modelo martiano como única posibilidad de realización del ideal nacional cubano.

Es necesario decir que la historiografía posterior a 1959, incluso la marxista de manual predominante durante largos años, asumió en lo fundamental la misma perspectiva. Los casos opuestos resultaron más bien excepciones de la regla, y por tanto la confirman. Incluso hoy -cuando es imposible, si se conoce, negar la impronta renovadora presente en nuestra producción historiográfica- mantiene en buena medida su vitalidad, y sin blasonar de profeta pienso que de algún modo la conservará en el futuro. La explicación puede estar en la aparente naturaleza contradictoria de la relación entre la necesidad doctrinaria de acomodar la historia de Cuba a la lógica de la lucha de clases entendida del modo más maniqueo y la de sostener un consenso mayoritario que fortaleciera el proceso revolucionario, conservando la base social necesaria para enfrentar con éxito los peligros que le amenazaban. Es una relación compleja que no se puede abordar aquí en detalle, pero al menos debe asentarse que posiblemente sea el único caso de una historiografía declarada y,

al menos en apariencia, unánimemente marxista, en la que sin abandonar los presupuestos clasistas, fue la lectura nacionalista la piedra de toque en los intentos por legitimar y mantener a toda costa la unidad. Teórica y metodológicamente, no obstante, los atisbos realmente renovadores se dieron en los años 60 y comienzos de los 70, cuando todavía no había cuajado una versión, digamos "oficial", del pasado socialmente formalizado. En las dos décadas posteriores no hubo continuidad, y se produjo una especie de acomodo interpretativo que no ahondó en la riqueza, la multiplicidad y lo contradictorio del pasado cubano.

Así, la sociedad cubana socialista se llegó a entender como un resultado lógico e inevitable de la evolución histórica insular, fortaleciendo desde esta óptica toda una genealogía patriótica, de hombres de pensamiento y acción, que transita de Varela, Saco y Luz a Martí, pasando por los hombres del '68 y siguiendo con el pensamiento y la acción nacionalista, revolucionaria y marxista de la República. En perspectiva básicamente política, el lado positivo

de este modelo, en mi opinión, es que ha aportado solidez al proyecto social revolucionario, porque le da validez y legitimidad históricas y es fácilmente aprehensible por relativamente amplios sectores de la población, pues se corresponde en lo fundamental con las representaciones del proceso histórico cubano sedimentadas en ellos durante décadas.

En perspectiva historiográfica, no obstante, se trata de un modelo de interpretación poco flexible, que se fundamenta preponderantemente en el terreno de lo político y en sus condicionamientos socioeconómicos, y durante largo tiempo dejó poco terreno a la prospección de otras dimensiones de lo social. Sólo los años 90, con sus urgencias y peligros, fueron testigos de una ampliación de los campos historiográficos y de búsquedas, a veces ansiosas y no muy coherentes, de nuevos derroteros explicativos para la historia nacional. Además, el modelo tiende a rechazar, como un acto reflejo, los cuestionamientos que la propia práctica de investigación histórica pueda plantear a cierto número de apriorismos sobre los que se sustenta, en una suerte de curioso ejercicio de escolástica.

Todavía, por esa razón, estamos en deuda con los primeros siglos coloniales y tenemos a veces que aclarar que el periodo anterior a la ocupación inglesa de La Habana también es importante en la historia de Cuba, aunque Arango y Parreño no lo creyera. Y que la historia de Cuba no se reduce a la historia de La Habana. Y que la modernidad de las concepciones políticas de una época no tiene por fuerza que corresponder a la lectura de esas cuestiones por las generaciones posteriores.

De ese modo, por ejemplo, no parecería tan terrible afirmar que, en las condiciones concretas cubanas de las décadas centrales del siglo XIX, fue también mo-



**BÚSQUEDA**

derna la negación de la nacionalidad, al estilo de algunos anexionistas como Gaspar Betancourt Cisneros –no quiero decir todos los anexionistas-, que la rechazaba por lo que veía en ella de española, y así se lo echaba en cara a Saco cuando polemizaban sobre la conveniencia de la anexión a los Estados Unidos –“un cálculo, no un sentimiento”-, precisamente por las posibilidades de acceder de ese modo a la libertad y la felicidad de su patria. Por supuesto, sus significados no son gemelos de los nuestros, y los juicios de valor no se justifican, al menos a nivel de lo que hoy consideraríamos patriótico. Pero esta es una posición ahistórica y anti-histórica, y contribuye poco a explicar algunos aspectos controvertidos de nuestro devenir. Sobre todo, porque no es justo –es un juicio de valor, pero en fin...- aplicar el mismo rasero a Betancourt Cisneros y otros anexionistas, algunos de los cuales incluso transitaron al campo del independentismo, que al anexionismo de finales del siglo XIX, a mi juicio ya obviamente reaccionario, en las condiciones de un mucho más avanzado proceso de formación nacional en el que mediaba ya una verdadera epopeya armada anticolonialista de diez años de duración. Y este es uno de las muchas cuestiones que pudieran traerse a colación, si hubiera espacio para ello.

Por otra parte, si como historiador es absolutamente necesario señalar las limitaciones evidentes de esta teleología nacionalista, también lo es reconocer que su posible superación inevitablemente se ubica en la frontera donde se tocan la historia como ciencia y la política como práctica social. Sin dudas, sólo eso lo convierte en una cuestión sensible, si bien no puede obviarse que algunas de sus posibles variantes ya están en marcha.

Una de ellas encara la cuestión a partir de un intento de desmontaje radical de varios de sus fundamentos, como la ruptura de la continuidad histórica que la legitima, la “extracción” de la historia de algunas figuras –se ha intentado de algún modo con Saco, por ejemplo- y una más o menos sutil deslegitimación del proyecto y la obra

martiana. Se trata de un movimiento –creo que es acertado denominarlo de ese modo- profundamente enraizado en la confrontación ideológica, aunque igualmente asentado en una reflexión de tipo histórico. Como tal, promueve una serie de cuestiones de interés historiográfico que sería desacertado ignorar, aunque su ubicación al otro extremo de la teleología nacional, por motivos similares –pero de signo opuesto, se entiende- a los que la sostienen, provoca limitaciones de la misma natu-

...no se trataría propiamente de desmontar, sino de trascender lo que pudiera identificarse como una tradición nacionalista simplista y esquemática, sustituyéndola por una visión compleja, flexible e inclusiva que no tiene en absoluto que renegar del nacionalismo.

raleza, es decir, de naturaleza política e ideológica.

Uno de lo ejemplos más claros puede ser el de la reinención del siglo XIX, período central en la lectura nacionalista –incluyo la marxista- como centuria fundacional, sobre una serie de presupuestos posmodernos sobre los cuales se vacían y recargan selectivamente de sentido valores tradicionalmente asociados al discurso nacionalista cubano, como nación, nacionalidad, patriotismo, revolución, etc. Para ello,

sin embargo, se obvian –también selectivamente, sin dudas, como en toda elaboración histórica- toda una serie de hechos, documentos, procesos e interpretaciones de los contemporáneos que, cuando menos, cuestionarían seriamente un número importante de conclusiones y propuestas. Con lo cual, sencillamente, se sustituyen unos silencios por otros. Otro de los puntos neurálgicos es la figura de Martí, como uno de los núcleos centrales del discurso nacionalista “oficial”, pero alguien –por suerte para mi ausencia de espacio- lo ha tratado con acierto en un número anterior de esta revista.

Desde la historia, pienso que no se trataría propiamente de desmontar, sino de trascender lo que pudiera identificarse como una tradición nacionalista simplista y esquemática, sustituyéndola por una visión compleja, flexible e inclusiva que no tiene en absoluto que renegar del nacionalismo. En definitiva, una renovación que implique no solo ampliación al máximo posible de las temáticas de estudio y modernización del arsenal teórico y metodológico con el que se enfrenta la investigación, sino una lectura holista que permita confrontar los aportes de más diverso signo a la conformación de nuestra realidad actual. Mi opinión es que también esta renovación está ya en marcha, aunque una serie de factores determinen su lentitud actual y con frecuencia su falta de articulación en esfuerzos coherentes que impliquen a grupos relativamente amplios del “gremio” hagan temer por su futuro.



(1) Al menos, no en este trabajo, en el que también me abstengo de incorporar citas y referencias. El lector sabrá, comprenderá o adivinará que hay ideas de que me apropio, pero lo prefiero así en aras de utilizar las cuartillas que salgan sin el lastre de las notas. Por si acaso, me disculpo por ello, pues es la segunda vez que lo hago en *Espacio Laical*, y me justifico con las mismas palabras.

**BÚSQUEDA**